



SÍNTESIS SINODAL NACIONAL DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL PERUANA





SÍNTESIS SINODAL NACIONAL DEL PERÚ

SÍNTESIS SINODAL NACIONAL DEL PERÚ

"Aquel mismo día dos discípulos se dirigían a un pueblecito llamado Emaús, que está a unos doce kilómetros de Jerusalén, e iban conversando sobre todo lo que había ocurrido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar con ellos" (Lc 24, 13-15)

Introducción

Con el lema "Por una Iglesia Sinodal": comunión, participación y misión la Conferencia Episcopal Peruana acoge el Sínodo como un regalo de Dios para su pueblo. A través de su Consejo Permanente conformó la Comisión Nacional del Sínodo que animaría el proceso de escucha en cada Jurisdicción Eclesiástica. Esta Comisión conformada por obispos, sacerdotes, religiosas, laicos y laicas sería la encargada de preparar el material doctrinal y las guías metodológicas dados por la Secretaría General del Sínodo, adaptándolos a las realidades y contextos de la costa, sierra y selva del Perú; también acompañó a cada Iglesia local para la conformación de su propia comisión diocesana presidida por el Obispo.

Los Obispos hicieron la apertura del Sínodo en sus respectivas jurisdicciones, invitando a cada párroco a hacer lo propio en sus comunidades parroquiales, siendo el objetivo llegar a todos los lugares, sin excluir a nadie.

Antes de iniciar el proceso de escucha hubo un tiempo prudente para recibir la información, capacitarse y profundizar sobre los objetivos del Sínodo, periodo de tiempo en la cual se realizaron las actividades en dos modalidades: presencial y virtual. Desde el inicio hubo gran acogida, el pueblo peruano valora mucho los espacios de encuentro y escucha. El proceso ha significado un kairós, un tiempo para el pueblo de Dios en camino, en donde las personas han orado, dialogado, escuchado, discernido y tomado decisiones: el pueblo ha sido escuchado y mantiene viva la esperanza de caminar juntos; cada uno desde su propia vocación.

La Iglesia peruana camina en sinodalidad; es Jesús mismo quien se acerca y hace camino con su pueblo, ha escuchado sus clamores a través del encuentro, diálogo, escucha y discernimiento de las personas: Él es el centro y motor de nuestros pueblos y en estos últimos tiempos nos ha regalado dos acontecimientos importantes, de trascendencia para la Iglesia: La Primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe y El Sínodo de la Sinodalidad; ambos, son una fuerza renovadora del Espíritu que ilumina el camino de la Iglesia misionera en salida.

La vida religiosa es un testimonio de comunión y participación, su misión está insertada en la Iglesia y aporta desde su carisma. Como Conferencia de Religiosos y Religiosas en el Perú (CONFER), han tenido participación activa en este proceso de escucha; expresamos también, nuestra gratitud a las religiosas de vida contemplativa, que acompañaron a su pueblo con la oración y siguen orando por los frutos del Sínodo de la sinodalidad.

No podemos dejar de mencionar la gran diversidad de expresiones de fe en cada región del país. Los contenidos que se abordan son constantes y variados, sin embargo, en todo momento se ha mostrado el deseo de caminar juntos en este proceso de escucha sinodal, en donde se ha podido percibir el fervor del pueblo peruano en el profundo amor a Dios y al prójimo a través de la caridad.

En esta síntesis nacional encontraremos temas prioritarios que han salido de varias Iglesias particulares, tales como: la formación permanente de los bautizados para asumir un compromiso eclesial, el valor de la piedad popular, la falta de misioneros y misioneras en los pueblos alejados y en las periferias, el cuidado de la casa común, la celebración de la liturgia, la opción preferencial por los pobres, la pandemia de la COVID19, el rol protagónico de la mujer y los jóvenes en la Iglesia y en la sociedad; el diálogo ecuménico, el cuidado de las culturas autóctonas, el clericalismo que afecta mucho la vida de los fieles, la formación para los maestros de religión a través de la ODEC, los abusos sexuales en el ámbito eclesial, los conflictos mineros, el acompañamiento a los ancianos, la trata de personas y los migrantes. La experiencia de fe de los pueblos de acuerdo a su realidad, la pastoral familiar, la pastoral de la escucha, la necesidad de contar un plan pastoral orgánico y estructurado en cada jurisdicción, la necesidad de seguir trabajando por una Iglesia misionera en salida, la dimensión profética iluminada por la doctrina social de la Iglesia, la promoción vocacional, la formación en la sinodalidad de los futuros sacerdotes de la Iglesia, la formación de los laicos en el campo de la política, mayor claridad y concreción en los ministerios laicales, la evangelización a través de los medios de comunicación, el cuidado de la Amazonía, la acogida a las personas que son excluidas de la sociedad, la oración y el asombro en la liturgia; son temas que han salido en el proceso de escucha. A continuación, una breve descripción:

CUERPO

En el marco del Bicentenario de nuestra Nación, la Iglesia Peruana se ha puesto en camino Sinodal, permitiendo generar espacios de escucha, comunión y participación de toda persona de buena voluntad. El Documento Preparatorio nos recuerda el contexto en el cual el Sínodo se está desarrollando: una pandemia mundial, una coyuntura sanitaria, política y económica crítica, conflictos locales e internacionales, el creciente impacto del cambio climático, las migraciones, las distintas formas de injusticia, el racismo, la violencia, la persecución y el aumento de las desigualdades en la humanidad (n.8).

La vida sinodal de la Iglesia se realiza gracias a una efectiva comunicación de fe, vida y compromiso misionero puesta en acción entre todos sus miembros. En ella se manifiesta la *communio sanctorum* que vive de la oración, se alimenta de los Sacramentos, florece en el amor recíproco y hacia todos, crece en la participación de alegrías y pruebas de la Esposa de Cristo. Como dice San Pablo “Pues, así como cada uno de nosotros tiene un solo cuerpo con muchos miembros, y no todos estos miembros desempeñan la misma función, también nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a todos los demás” (Rom 12, 4-5). El trabajo de comunión nos involucra a todos, que aun siendo de la zona Costera, del Valle, la Sierra o la Selva, debemos de conseguir “ser los unos para los otros”. Hay que seguir trabajando en ser un solo cuerpo en Cristo.

Todos formamos parte del pueblo de Dios: laicos, sacerdotes, religiosos; sin duda hay un camino recorrido en la Iglesia del Perú. La misión y el anuncio del Evangelio permite que se sienta la necesidad de caminar juntos y animarse mutuamente, todos aportando desde su vocación: los sacerdotes que desde su ministerio ofrecen los sacramentos, la vida religiosa insertada en los lugares más alejados atendiendo a las parroquias más pobres, el voluntariado de laicos y laicas que con su testimonio de servicio, caridad y de vida comunitaria alientan al pueblo a caminar en sinodalidad, y el obispo, que con su celo apostólico y cercanía nos hace sentir parte de esta Iglesia viva de Comunión, Participación y Misión.

Así pues, formarse en sinodalidad es la clave para convertir mentalidades y estructuras con énfasis en el sacerdocio común de los bautizados y en el *sensus fidei* del Pueblo de Dios. Énfasis que levanta importantes preguntas para las que tenemos que encontrar nuevas respuestas sobre el papel e identidad específica de los ministros ordenados como líderes. Replantear, entender y asumir el Liderazgo-servicio, no como poder ni preferencia, sino construir vida auténticamente comunitaria, abierta a la diversidad. La multitud de desafíos actuales exige priorizar, clarificar las urgencias para la misión de la Iglesia.

Por otro lado, sentimos la urgencia de mejorar las estructuras y los procesos de consulta y deliberación dentro de las comunidades eclesiales, sobre todo en las parroquias en las que los párrocos tienden a prescindir de la opinión de los fieles en las decisiones; la ausencia de organización de asambleas parroquiales para informar, consultar y deliberar. Por otro lado, no se vienen activando los consejos pastorales y los consejos económicos. Existe una fuerte necesidad humana de sentirse incluido como persona y por lo mismo, estrechamente vinculados con los miembros de la parroquia, y precisamente ahí es donde se teje la verdadera comunión, en la que todos tienen algo importante que aportar, a fin de ser cada vez más una iglesia de todos y para todos y todas. Una persona, entre más incluida se sienta, más participará.

Los desafíos que enfrentamos requieren una formación en sinodalidad, en particular aquellas personas que tienen funciones de responsabilidad dentro de la comunidad cristiana, para hacerlas más capaces de “caminar juntos”, escucharse recíprocamente y dialogar. Una cosa frecuente que buscamos superar es el clericalismo, no solo de parte los sacerdotes, sino también de los mismos agentes pastorales que no buscan mejorar el trabajo pastoral. Para ello es necesario dejar posturas propias de un clericalismo que anula la participación de las y los otros (laicas, laicos; excluidas y excluidos). En ese sentido, se trata de romper con aquellas costumbres y tradiciones que erradamente nos han llevado a endiosar muchas veces al consagrado, aceptando inclusive, actos que han dañado y denigrado a sus semejantes. Nadie es más o menos en la comunidad cristiana, todos tenemos algo importante que decir para caminar verdaderamente en sinodalidad. De este modo, es necesario que los laicos y laicas participen de manera activa y coherente, pero deben ser los responsables de las parroquias (párrocos y religiosas encargadas) los que deben crear estos espacios para que el protagonismo sea compartido; somos conscientes que cada comunidad parroquial tiene autoridades, pero también es importante delegar funciones para lograr el camino sinodal.

La Iglesia nunca ha dejado de mostrar su mano de solidaridad y ayuda directa ante necesidades de los más pobres y descartados, pero es necesario que tengamos conciencia de la trascendencia de “ser solidarios” (Hebreos 10,24), siempre la solidaridad ha sido el testimonio de la Iglesia en el mundo. Los dos años más difíciles de la pandemia por la covid 19 nos han mostrado ese rostro generoso de nuestra Iglesia en el Perú, y a partir de esos gestos debemos impulsar una Iglesia misionera y en salida, pero no solo para que dé el pan, sino que enseñe y construya caminos donde los más pobres logren ser artífices de su propio destino y superación. En todas las jurisdicciones durante la pandemia se ha desarrollado un trabajo extraordinario de caridad y solidaridad a través de Caritas, CEAS, Resucita Perú, voluntariados de jóvenes, campañas para plantas de oxígeno y medicina, la Iglesia peruana es generosa y samaritana.

Asimismo, y en esa misma línea de una Iglesia que sale hacia las periferias existenciales, ésta sin lugar a duda tiene que renovarse en su acercamiento a los marginados, y a partir de ello, suscitar nuevos espacios en la pastoral diocesana. Es necesario prestar atención a sectores

aún alejados de la Iglesia: migrantes, mujeres, jóvenes, presos, divorciados, personas con discapacidad, hermanos de otro credo, entre otros. Estos grupos humanos imperiosamente gritan por ser escuchados en sus necesidades y demandas, en ser acogidos como lo que son: seres humanos; por mucho tiempo los hemos ignorado y ya es hora de que nosotros salgamos a su encuentro, así como lo hizo Jesús con la mujer adúltera, la samaritana, el cobrador de impuestos y otros tantos rostros a quienes la sociedad tiene vetados. En algunas diócesis del país ya han dado paso a estas iniciativas (diálogo interreligioso, con la comunidad LGTB, etc.) y ahora con este proceso sinodal, deberán ser ampliados, replicados y profundizados. Nuestro ser Iglesia reclama que estas iniciativas sean parte de una pastoral renovada y convertida para quedarse.

De otra parte, ha habido un distanciamiento entre Iglesia y la lucha social del pueblo por justicia y una vida más digna, esto debido al temor de que se vea a la Iglesia inmersa en cuestiones políticas o con atisbos de favorecer a ciertos grupos. Lastimosamente ese distanciamiento la hizo algo indiferente de las necesidades del pueblo, y ahora que este mismo pueblo en el proceso sinodal pide que sea más cercana en sus luchas, toca armar el corazón de valentía y sacar cara por los hijos de Dios que muchas veces son soslayados en sus derechos. Si bien es cierto, existe asesoramiento a las organizaciones indígenas que levantan su voz defendiendo sus tierras como también a organizaciones civiles en defensa de los derechos del pueblo, o intervenciones en conflictos mineros, aún hace falta ahondar ahí donde “las papas quemán”, no olvidemos que estas comunidades no solo defienden sus vidas sino también las de la Tierra.

No en vano, el Magisterio del Papa Francisco menciona que existe un “desafío urgente de proteger nuestra casa común que incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar” (n. 13). Es decir, hablamos de un problema global que a todos nos compete, no es un activismo ecologista que está de moda, es una fuerte llamada de atención que nos exige cuidar la creación que el Señor nos confió. Acompañar en estas justas reivindicaciones, implica guiar a estos grupos sufrientes para pedir lo que por derecho inalienable les corresponde; de ahí que sea clave la formación en doctrina social, formar a los laicos en iluminar esas realidades temporales donde les toca estar, ya que aún no se tiene un adecuado compromiso de los laicos en su papel protagónico dentro de las jurisdicciones eclesásticas, la clave está precisamente en potenciar y fortalecer la presencia de los aportes de las ciencias sociales en los espacios de formación del laicado; que además de la formación doctrinal, teológica, en Biblia, DSI, se abran perspectivas actualizadas y coherentes con el mundo actual y sus problemáticas complejas y desafiantes.

También reconocemos la importancia de discernir y decidir en una Iglesia que quiere ser sinodal, pero exige condiciones. En principio, reconocer las mociones del Espíritu desde una vida de oración compartida en la comunidad eclesial, dado que el discernimiento tiene como propósito esencial la común obediencia al Espíritu. Al mismo tiempo, es necesario formarse integralmente para desarrollar una actitud de apertura, disponibilidad y escucha. Escuchar se convierte en el sentido de la vida sinodal, dejar que el Espíritu guíe nuestra vida (Gal, 5, 16) es un verdadero signo del camino sinodal, la necesidad de vivir en el Espíritu, como nos menciona Aparecida, permite generar cambios en el interior de la vida del creyente, pero también de la vida eclesial. Reconocemos en las congregaciones religiosas un creciente ejercicio de este discernimiento y decisión enraizada en la tradición de la vida consagrada en la historia de la Iglesia. Sin embargo, advertimos que en los ámbitos de las iglesias locales se ha avanzado

poco en las prácticas de discernir y decidir de manera sinodal, especialmente en las comunidades parroquiales.

Análogamente, una de las cosas que queremos aplaudir de nuestras jurisdicciones es su vida de oración y sacramentos. Nuestras comunidades son profundamente eucarísticas, es la comunidad viva que sabe abandonarse a los brazos de su Dios en la hora de la tribulación y que también sabe agradecer los favores concedidos; muchas prácticas devocionales como el rezo del Rosario, la procesión del Señor de los Milagros, letanías, adoraciones al Santísimo, etc. vivifican y fortalecen la comunidad eclesial. La Eucaristía representa y realiza visiblemente la pertenencia al Cuerpo de Cristo y la co-pertenencia entre los cristianos (1 Cor 12,12). En torno a la mesa eucarística, las diversas Iglesias locales se constituyen y se encuentran en la unidad de la única Iglesia. El banquete eucarístico expresa y realiza el “nosotros” eclesial de la comunio sanctorum en el que los fieles se convierten en participantes de la multiforme gracia divina. De esta manera la Iglesia participa, en Cristo Jesús y mediante el Espíritu Santo, en la vida de comunión de la Santísima Trinidad destinada a abrazar a toda la humanidad. (LG n.4)

El reto que ahora debemos asumir, es tomar la fuerza de la oración profunda para dar el salto a la acción, que nos lleve a iluminar las realidades temporales en las que nos toca actuar. La experiencia vivida en la liturgia tiene necesidad de verse reflejada en la vida misma, de ahí la importancia de que las homilías, la Palabra de Dios meditada, se cuestione y se encarne en la realidad.

No hay duda que los católicos estamos orgullosos de nuestra fe y la herencia religiosa que hemos recibido de nuestros antepasados y agradecidos de la vida sacramental de la Iglesia; no obstante, es cierto que también estamos preocupados porque pareciera que todo se queda en el rito o la costumbre y no se está creciendo en una vida de fe más plena, se vive a veces una fe que está siendo amenazada por paganismo o al menos “mundanismo”, ya que las fiestas religiosas muchas veces terminan en reuniones sociales donde se desvive lo que la misma fe prohíbe o al menos la considera perturbadora, y como ya lo hemos señalado párrafos arriba, aún hace falta lograr esa sinergia entre oración y acción.

La violencia contra las mujeres es un grave problema, y una manifestación de las relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres. Este hecho se ha evidenciado de mayor índice en la pandemia, víctimas y victimarios que desenvuelven sus relaciones interpersonales situados en un contexto de violencia, vienen compartiendo el hogar común, interactuando más cercanamente en un espacio físico más reducido, la interacción en un espacio menor y la escasa posibilidad de solicitar ayuda a terceros. Es propicio enfatizar que en esta área pastoral aún las Iglesias locales tienen una deuda, especialmente en la ausencia de la pastoral de las mujeres violentadas, olvidando *“La dignidad de la mujer y su vocación, y que debe ser una constante de la reflexión humana y cristiana”* (Mulieris Dignitatem, 1). La Iglesia debe pronunciarse ante estas realidades sociales, y es necesario que sean en acciones concretas y participativas que permita resaltar el papel protagónico en la Iglesia, pues no se trata de un asunto feminista (como algunos quieren señalarlo) sino de dignidad humana. Si Cristo reivindicó a la mujer de su tiempo ¿Por qué nosotros no tendríamos que hacerlo?

El crecimiento de la población mayor de 60 años representa una estadística significativa del papel protagónico de las personas de la tercera edad. La Iglesia peruana siempre ha visto en los abuelos a los transmisores de la fe: han enseñado a las familias el valor de la vida en Cristo a través de su ejemplo, con actitudes cristianas sólidas, conservándolas a lo largo de sus vidas

como el más sagrado legado, el amor a las misas dominicales, la religiosidad popular, entre otras, que se convierte en un gran testimonio de la fe en las familias y en las futuras generaciones, siendo un gran valor para la evangelización de hoy. La importancia de la transmisión de la fe en las familias se convierte en una riqueza espiritual, en este sentido, es necesario fortalecer la pastoral familiar en las parroquias, permitiendo generar espacios de encuentro y escucha entre los mismos miembros de la familia: es la Iglesia doméstica en la que se suscita la verdadera evangelización. Es tarea de todos el comprometernos con el cuidado de la vida, desde la concepción hasta la muerte natural, acompañando cada etapa y dimensión de la existencia.

Es importante reconocer y darles protagonismo a los jóvenes, no solamente en espacios pasivos, sino que tengan un rol más activo dentro de la toma de decisiones y resolución de problemas dentro de la Iglesia y sociedad. Más allá de que nos acostumbremos a verlos “cargar las sillas para un evento de la parroquia”, se trata de verlos liderar y aportar en todo evento que construya un verdadero caminar juntos. Los adultos reconocen que necesitan nuevas estrategias y formas para dialogar con ellos, abrir una escucha horizontal que permita que estos se apropien de sus habilidades y anhelos que les permita transformar la realidad, tanto eclesial como social. De hecho, hay diócesis donde los planes pastorales juveniles se han ido renovando, incorporando temas sociales, políticos y de proyección a la comunidad, en la que los jóvenes son líderes, pero al mismo tiempo, servidores de los más sencillos. Este es el camino que debemos pausar para ellos y que el Papa Francisco lo expresa claramente en la *Christus Vivit*.

A la luz de esta información cobra importancia los programas de detección temprana y trabajo de prevención dentro de los entornos eclesiales, es necesario que la Iglesia peruana aporte en la prevención del abuso sexual de los menores de edad y personas vulnerables, que deben ser uno de los tesoros más valiosos de la sociedad, pues *el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe* (Mt, 18,5). Las jurisdicciones deben de responder a este gran desafío y promover un cuidado atento, respetuoso e integral de la niñez, generando instancias diocesanas para la prevención de abusos sexuales y la atención y reparación integral, a través de acciones concretas.

Paralelamente, la relación con los hermanos de otras confesiones cristianas suele ser buena, en su mayoría existe un trato de respeto y cordialidad hacia las creencias de otros; sin embargo, aún contamos con algunas dificultades las cuales debemos superar, como, por ejemplo, la poca apertura al diálogo fraterno por motivos de tiempo y por la diferencia de creencias y doctrinas entre nosotros. Para ello, se han propuesto algunas alternativas para superar estas dificultades, como: participar de eventos donde nos unamos en caridad, defensa de los más vulnerables, educación. Abrir espacios de escucha y diálogo activo y armonioso en defensa de nuestra fe, orar, ser tolerantes, aprovechar los recursos tecnológicos para organizar espacios de encuentro, entablar conversaciones asertivas. La pandemia en este sentido, nos ha permitido ir construyendo puentes interreligiosos. Recordemos las jornadas de oración de los líderes religiosos en el Perú, que nos permitió expresar unidad en la plegaria, sin distinciones ni rangos.

La Iglesia peruana en nuestros días tiene el gran reto de fortalecer los espacios participativos para la acogida, escucha y acompañamiento de los migrantes, quienes salen de su país en búsqueda de oportunidades laborales, así como escapar de las injusticias sociales; y este movimiento va en incremento en el Perú. Tenemos también a las personas que se encuentran privadas de su libertad y las familias en estado de vulnerabilidad que viven de cerca el avance

de la inseguridad ciudadana. A esto se suma el aumento de denuncias relacionadas a la trata de personas, especialmente niñas y adolescentes. Frente a esta realidad, es necesario que la Iglesia, a través de la Pastoral Social, se haga presente en actitud de servicio, construyendo puentes para fortalecer la cultura preventiva.

Hay un reto pastoral de fortalecer los valores de una Iglesia con rostro amazónico, rescatando, revalorando y potenciando la cultura y tradiciones como riqueza para la evangelización. El aspecto positivo de este proceso es seguir apostando por una Iglesia comprometida con esta realidad, que tiene un propósito importante con las periferias y población indígena. La presencia de la Iglesia en las riberas y caseríos (en la periferia) se va debilitando con el paso del tiempo, con poca presencia y escasas iniciativas pastorales. Urge crear una pastoral para las comunidades de los pueblos originarios en donde se resalte el papel protagónico de las comunidades autóctonas, se crean espacios para la escucha de los pueblos y las comunidades, que, por las realidades geográficas de las Iglesias particulares, es difícil el acceso y el acompañamiento. Las acciones de la Iglesia deben ser concretas, por eso es necesario elaborar documentos como el catecismo, misal, biblias en lenguas autóctonas que permitirán el encuentro con Dios por medio de la liturgia y la palabra. Ante esta realidad, es importante reconocer la necesidad del diaconado permanente en los lugares de misiones *para servir al pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad* (LG, n.29)

Un aporte significativo a nivel de formación ha sido la revisión de los itinerarios formativos, con la finalidad de actualizar los programas académicos de los Seminarios y Casas de Formación de la vida consagrada que favorezcan una formación integral, espiritual y teológica inculcada, favoreciendo una interacción con el Pueblo de Dios: *Pondré al frente de ellas Pastores que las apacienten, y nunca más estarán medrosas ni asustadas* (Jer 23, 4). Moldear los corazones de los aspirantes a la vida sacerdotal permite entrar en diálogo con sus necesidades y realidades; por ello, es necesario incluir temas como ecología integral, pueblos originarios, inculturación e interculturalidad y pensamiento social de la Iglesia.

Una constante como servicio pastoral es la comunicación. Muchos hermanos aún utilizan la radio, la prensa escrita, la televisión, que aún llegan a miles de hogares y que hoy nos permiten llegar a las comunidades que desconocen el servicio que hace nuestra Iglesia. En este tiempo de interconectividad y de las redes, donde los espacios virtuales son mayores que los reales, la Pastoral de la Comunicación Social nos invita a una mejor difusión de estos medios para promocionar, coordinar y animar el trabajo religioso.

En el caminar sinodal se recogió el sentir de las comunidades educativas católicas, públicas y privadas de educación básica regular, las cuales están conformadas por directores, docentes, religiosas y religiosos, sacerdotes, estudiantes, y padres de familia. Manifiestan haber encontrado a Jesucristo y sentirlo como compañero de camino y, en ese sentido, su pertenencia y participación en la fe se ven reflejada en la vida sacramental y las celebraciones. Aún la Iglesia peruana tiene un reto que es la formación de los docentes de religión, transmisores de la fe en colegios de las grandes ciudades, fronteras y comunidades autóctonas e indígenas. No obstante, los docentes atienden las periferias existenciales: migrantes y familias pobres y en función de esta demanda humana los centros de formación católica tienen como clave abordar proyectos educativos institucionales en que se pueda articular la construcción de nuevas posibilidades para las escuelas y centros de formación superior de nuestro país.

CONCLUSIÓN

La Iglesia Peruana asume el gran reto y desafío de seguir promoviendo espacios para la sinodalidad, quedando aún camino por recorrer y mucho por mejorar, especialmente en la experiencia de la comunión. Cuesta escucharnos y reunirnos para discernir; sin embargo, también está la disposición de dejarnos conducir por el Espíritu. Debemos seguir trabajando para acabar con el clericalismo, no basta decir que hay clericalismo en nuestras jurisdicciones, es necesario actuar y asumir nuevas orientaciones pastorales para aprender a dialogar y delegar responsabilidades.

Cuesta mucho abrirnos a otros espacios, incluso al interior de la propia comunidad eclesial. Hace falta un trabajo más en conjunto entre laicos, religiosos y sacerdotes. Más que multiplicar actividades, (pastorales, catequéticas, sociales, asistenciales, entre otras); hay que contemplar nuestras comunidades, descubriendo nuevas formas de voluntariado, misión desde y dentro de las nuevas tecnologías, yendo hacia las periferias e instalándose en ellas. Frente a esta realidad, se puede ayudar a fomentar espacios de trabajos de participación conjunta, trabajando programas que ayuden a fomentar y desarrollar el verdadero sentido de la vida cristiana, invitando a mejorar las estructuras pastorales de las parroquias a través de la creación de un plan pastoral orgánico que responda a la realidad de la Iglesia Local. Llama la atención el pedido constante de la necesidad de tener un plan pastoral orgánico y estructurado que incluya todas las áreas pastorales para llegar a todos los lugares, sin excluir a nadie. Este Plan Pastoral debe ser asumido después de un discernimiento profundo; no se trata de imponer un plan pastoral, este debe ser fruto del encuentro, escucha, discernimiento y oración; de tal manera que responda a la realidad y así se pueda llegar a todas las periferias.

Si queremos una Iglesia madura en la fe, tenemos que optar por la formación cristiana de los laicos y agentes de pastoral, esta formación debe tocar la vida de nuestros pueblos. Se constata que hay una crisis y fragilidad de la fe y que no se podrá sostener a los discípulos y misioneros con una vida reducida puramente moralismo y ritualismo con débil compromiso eclesial y con un divorcio grande con la vida.

En este proceso de escucha sinodal se ha dialogado mucho sobre cómo fomentar una experiencia espiritual con el Señor que lleve a una conversión personal constante que haga de todos, verdaderos discípulos y misioneros comprometidos con las cosas que dan sentido a la existencia. Esta experiencia de conversión espiritual debe ser alimentada con una formación inicial y permanente; de tal manera que lleve siempre al compromiso eclesial y misionero con una fuerte dimensión social: lucha por la promoción humana y la justicia, la apertura a las culturas, la defensa de la ecología, la lucha contra la corrupción tan enquistada en estos tiempos, saber llegar a los nuevos areópagos, reconocer a los nuevos rostros de los pobres, etc. La Iglesia peruana recibe la llamada urgente para seguir trabajando por una Iglesia en salida, acogedora y misionera.

Aún debemos reforzar el llamado del Papa Francisco sobre la Iglesia Misionera y la conversión permanente, como nos mencionaba en *Evangelii Gaudium*: *Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras,*

que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. (EG 27).

Para finalizar; este ejercicio de la escucha, ha sido un don del Espíritu Santo, el pueblo se ha sentido escuchado durante este proceso. Con el mensaje del Papa Francisco en su visita al Perú, *unidos por la esperanza*, la Iglesia Peruana manifiesta su compromiso de seguir caminando hacia el horizonte donde es el mismo *Jesús en persona quien se acerca* y camina a lado de su pueblo, como lo hizo con los discípulos de Emaús. (Lc 34,15).